

y con una violencia que hizo retroceder al practicante, cogió á Samuel del brazo para apartarlo:

—No preguntes más, memo... Los Judas no dicen la verdad nunca.

—Hay que apretarles el gañote para que la suelten—gritó Remigio...—¡Con licencia! No somos tontos, y por eso ninguno quería preguntar nada, ¿sabe? Ni usted ni *El Verdugo*, van á confesar que la han obligado á dejarnos.

—Les estorbaba que estuviéramos un poco contentos.

El practicante había ido retrocediendo hasta la puerta, hundida la diestra en el bolsillo de la blusa, sin dejar de dar la cara á los leprosos. Cuando se consideró á salvo, esperó un instante, por ver si una nueva pregunta le permitía dejar la atmósfera menos cargada de electricidad. Ninguna voz volvió á elevarse, y salió; pero desde un observatorio secreto hecho en la juntura de la puerta, pudo comprobar que el silencio se prolongaba y que los semblantes torvos, denotaban desesperación. Hasta dos días más tarde, al regresar D. Manuel de la enfermería, no supieron los leprosos toda la verdad.

La monja, antes de irse, dejó bajo la almohada del enfermo un papelito escrito todo con letras mayúsculas, impersonales, que decía así:

V

Al estupor del primer momento, sucedió una reacción de cólera. ¿Qué intriga, que infamia había obligado á sor Eduvigis á dejar el hospital sin decirles siquiera adiós? Durante tres días la aguardaron en vano, engañándose con la esperanza de que estuviera ausente por algo fortuito y pasajero. Cada vez que entraba el practicante, una pregunta cristalizaba en la idea de todos, pero la callaban por tensión; era una consigna tácita; tanto inquietó aquel silencio al practicante, que hubiera terminado por hablarles él mismo de la monja sin aguardar sus preguntas, para concluir de una vez con aquella tensión; pero una mañana Samuel no pudo contenerse más:

—¿Está enferma la hermana?

—No; está con licencia.

—¿Por mucho tiempo?

—No lo sé... Quizás no vuelva..., digo yo.

Las dos palabras últimas las añadió para dulcificar el efecto. Quico alzóse de su sitio

“Tenía usted razón: recibo orden de marcharme hoy, sin decir nada; pero no tengo valor para no despedirme siquiera de usted, que le dirá á todos adiós. Sean buenos y acuérdense de mí. Cumpliré su encargo en Puerto-Grande. Rompa ésta en seguida.” La esquila, que tenía por firma una cruz, pasó de mano en mano; Samuel la besó, y al devolvérsela á D. Manuel, éste, haciendo un esfuerzo que equivalía á decir: “No hay más remedio”, la rasgó en pedacitos, partiendo aún en otros más menudos los que contenían una palabra completa ó vestigios de palabras fáciles de reconstruir. Luego fueron hacia una ventana, y lentamente, uno á uno, D. Manuel fué dándolos á la brisa; no los tiraba, los ponía en la palma de la mano y la tenía así, extendida, hasta que una ráfaga se los arrebatava; unos desaparecían, otros iban á posarse sobre la campiña, igual que palomas minúsculas fatigadas del vuelo. Todos los leprosos estaban graves, ensimismados; como si asistieran á un entierro—¿no enterraban sus ilusiones?—; cuando el último papel se fué y vieron alejarse, desvanecerse, el postrer recuerdo tangible de la hermana, una explosión de furia resonó. De haber estado allí el practicante habría de seguro surgido la tragedia.

—¡Hay que desnucar á ese maldito!—decía Quico mordiéndose el labio inferior.

—Con una sola mano lo cogía yo así, así—seguía Remigio apretando el puño hasta hacer crujir sus propios huesos.

—Tenía que ser un obispo el que diera esa orden cochina—terminaba Juan.

Todos iban dando una válvula á su furia; el mismo Antoñito, el mismo D. Manuel, tan ponderado, maldecían. En la penumbra de la tarde parecían alargarse los brazos con ademanes vengadores que subrayaban las frases de indignación; las imprecaciones se estrechocaban; se oían sordas blasfemias; hasta los viejos hacían movimientos bruscos, agresivos.

—No somos hombres si esto se queda así.

—Hay que hacer una que sea sonada.

—Lo que pasa aquí clama á Dios.

Los fuertes—Quico, Remigio, Juan—hablaron de aprovechar la hora de ir al patio para caer sobre el portero barbudo, matar al practicante y á *El Verdugo* si bajaban á ayudarlo, y huir; los débiles—D. Manuel, Samuel, Antoñito el viejo de las canas lividas—eran más razonables.

—¿Y qué sacaríamos con escaparnos?—preguntaba D. Manuel.—No tendríamos dónde ir; todo el mundo nos rechaza y nos volverían á coger en seguida.

—Si siquiera pudiéramos pasar una noche escondidos por la ciudad—insinuaba Samuel con los ojos turbios de deseo,

Pero las objeciones y las contradicciones se multiplicaban:

—Aunque matáramos á éstos, no tardaríamos en tener otro portero, otro verdugo y otro practicante. Es nuestro sino.

—Claro, es inútil.

—Como saben que la gente tiene miedo á contagiarse con nosotros, hacen lo que hacen.

—¡Hay que vengarse, hay que demostrar que somos hombres!

—Yo soy capaz, cuando entre *El Verdugo*, de irme sobre él, de arrancarle la capucha y abrazarlo y besarlo y morderlo, ¡para que se contagie y sepa lo que es ser desgraciado!

—No; la hermana no aprobaría eso, Quico.

—No hay nada que hacer; nada, nada.

—Siempre hay que hacer... ¡Si todos fuérais como nosotros tres, ya se vería!

—Nos matarían impunemente... Dicen que en el otro plante mataron á uno.

—¿Y qué? Mejor que nos mataran... ¡Siquiera así estaríamos muertos del todo!

—Además, no les conviene matarnos... Si nos matan á todos, adiós hospital y adiós explotación... Yo sé de leyes, no creais.

Ramón los escuchaba discutir, serio, sin mezclarse, pero temblando un poco. La excitación duró varios días, y en ellos, como si presintieran la tormenta, el practicante, *El Verdugo* y un enfermero que entró á sustituir

á la monja, extremaron la amabilidad... y las precauciones. En esos días de tensión nerviosa, la menor contradicción los exacerbaba; complacíanse en llevarse la contraria, en zaherirse con pullas sarcásticas, y en seguida las voces se agriaban y los brazos, replegándose elásticos, esbozaban el ademán de acometer. Más de una vez fué precisa la autoridad de don Manuel para evitar reyertas. Después la presión de los ánimos fué debilitándose y una invencible laxitud se adueñó de todos; el fatalismo de su sumisión les parecía un axioma; y ante la impotencia de todo esfuerzo, de toda protesta, volvieron á abandonarse en la corriente, más tristes, lo mismo que cadáveres en los cuales un cruel artificio imitara las funciones del vivir. El recuerdo de sor Eduvigis era un oasis en la esterilidad del día; no se hablaba de ella, esquivaban cualquier palabra que pudiera comprometerlos á abordar el tema de su ida; pero cuando, en silencio, los rostros perdían la adustez y pasaba sobre sus carroñas como un resplandor de belleza, era que estaban pensando en la monja.

Samuel envejeció en una semana; se ocultaba para llorar, y al principio esto irritaba á Quico. Ni siquiera la lectura del periódico lograba romper el marasmo; oíase al lector con la misma glacial indiferencia con que pudieran oírse cosas de un mudo inexora-

blemente perdido; y aquel tedio era no sólo de la voluntad, sino de los músculos: horas y horas transcurrían en las mismas posturas, con los ojos entornados y el pensamiento ausente ó nulo. Ya Antoñito no pedía que lo subieran á los quicios de las ventanas; ya Samuel no desgastaba—¡desolado Narciso!—su espejo; hasta el estómago de Remigio parecía disminuir sus exigencias, y los juguetes de Ramón aguardaban inmóviles junto á las paredes, la mano que ya casi no tenía vida que comunicarles. No se oía una risa ni una chanza. El niño, con sus dos manos colgantes entre las piernas y la cabezota inclinada, amenazando troncharle el cuello, habíase también contagiado de aquel sopor que era cual otra lepra del espíritu.

Una mañana, al reunirse para la lectura, se notó la falta de Samuel.

—Ve tú á llamarlo, Ramoncito.

—Debe de estar en el dormitorio.

—Dile que lo esperamos para empezar; anda.

El niño volvió con una respuesta que hubiera sido en otra ocasión un suceso.

—Dice que no vuelve más á oír el periódico, que no le importa nada de lo que pase, que se queda allá con los viejos.

Precisamente aquel día publicaba el periódico una nueva que iba á transformar el hos-

pital. El rey de un país vecino venía á visitar la ciudad, y entre los festejos que habían de ofrecérsele, figuraba una gran revista en el campo de maniobras. Toda la capital iría á esa revista; se construirían tribunas, se engalanaría el camino, y el desfile de automóviles y coches, luego del desfile de la tropa, daría al regio huésped una impresión de lujo, manera amable de suavizar la fundamental impresión de poder.

La noticia cayó en sus almas desfallecidas como en un estómago exhausto un vino demasiado alcohólico. Tenían necesidad de algo con que embriagarse para olvidar, y aquello les dió la ocasión. Samuel volvió á revivir; por las mañanas era acechada la hora del periódico y se saltaba todo para empezar por las noticias de los preparativos, que eran leídas muchas veces, hasta aprenderlas casi de memoria. Contábanse los días que faltaban, las horas, los minutos; y fueron unos días febriles en que las almas, voluntariamente saturadas del acontecimiento, rechazaban cualquier otra idea. ¡Iban á ver las fiestas, á ver pasar á toda la ciudad hacia el campo de maniobras, á verla regresar! ¡Oirían las músicas, verían los uniformes, desplegaríase ante sus ojos una caravana de alegría y de fausto! De tiempo en tiempo la voz del demonio interior susurraba: "¿Y después?" Pero esa voz inoportuna

era desoída, aplastada por el entusiasmo; y á fuerza de agrandar el hecho, llegaron á suponer que cubriría todo el porvenir y que aquella revista sería una cosa interminable algo como el término de sus aflicciones, de su hastío... Todos parecían tan niños como Ramón; á cada detalle nuevo de las fiestas, palmoteaban. Quico, cerrando los ojos, veía ya el desfile: el aire se llenaba de atronadores hurras, á lo lejos tronaba el cañón, y en coches, hieráticos, volviéndose hacia el hospital para que él los viera, pasaban los políticos, cuyos hechos había comentado tantos años. Para Samuel el interés de la fiesta se limitaba á un solo coche: iría muy despacio, recamado de rosas, y en el centro, siendo la flor suprema del ramo, su dama iría sola, incomparablemente bella y algo entristecida por que él la hubiese olvidado durante algún tiempo; para los demás el desfile no tenía un concreto aliciente; era algo abstracto—promesas de risas, de colores, de abstracción de ellos mismos y de sus miserias—que les impedía razonar. Como si los días no bastasen á contener sus entusiasmos, soñaban por la noche con la fiesta, aunque á veces una sombra furtiva de castos ojos como el agua y óvalo marchito aprisionado por la toca, pasaba con un suave gesto de reproche por sus sueños.

El practicante y *El Verdugo*, contentos de

ver desvanecerse el conflicto, fomentaban la animación. Todas las tardes daba el enfermero nuevos pormenores. Ya á lo largo del camino empezaban á alzarse tribunas, y desde las ventanas seguían los leprosos la obra de los trabajadores, ayudándoles con la voluntad; ya el camino no era una sierpe polvorienta retorciéndose en la planicie; ahora lo regaban, piquetes de soldados pasaban á veces, y de trecho en trecho, á ambos bordes, se erguían mástiles con escudos y gallardetes. Por las noches las huellas de las rejas aparecían marcadas en todas las frentes; hubieran querido poder comer en las ventanas, no dormir, y á la hora de las curas siempre había alguno que dijera:

—Dese usted hoy prisa, doctor... Ahora tenemos teatro y duele estar aquí.

Era siempre la misma frase, pero hacía siempre el mismo efecto; reía *El Verdugo*, reía el practicante, y la visita se aceleraba algo. Una mañana, faltaban ya muy pocas para el día feliz, el doctor propuso:

—Como supongo que ustedes querrán también adornar nuestra casa para cuando pase el rey, he mandado á comprar papeles de colores. ¿Hay quien sepa hacer cadeneta?

—¡Yol!

—¡Yol!

—¡Yo también!

—Todos sabemos, y además haremos flores y guirnaldas.

Llegó el papel y se pusieron á la obra. La cadeneta formaba en un rincón una pila leve y crujiente; las manos no se detenían ni un segundo. En aquellas flores vulgares de la industria, melificaba la colmena un júbilo inmenso. Quico hizo un molino multicolor que debía girar vertiginosamente á la menor ráfaga; Remigio, Juan y don Manuel iban tejiendo estrellitas que Antoñito enlazaba; cada cual tuvo su ocupación, y los letreros, las guirnaldas, los farolitos estuvieron dispuestos tres días antes. Remigio, siempre impaciente, quería que se quitaran ya las alambradas de las ventanas para colocarlos; pero los otros temían una lluvia que destruyera todo; el médico les dió la razón: había que tener paciencia; faltaban cinco días nada más.

Una mañana el periódico trajo, precisamente en la reseña de los preparativos, un vacío hecho exprofeso. El practicante dijo que era una cosa referente á medicina, que venía en la plana opuesta, y que el doctor había querido cortar, pero al día siguiente ocurrió lo mismo. ¿Qué noticia era aquella que coincidía exactamente con la columna de festejos, privándoles de leer un pedazo? La fe era tanta, que ni en el espíritu receloso de Juan penetró la inquietud... Esa misma noche sintieron desde la cama

ruido de martillos, como si se trabajara muy cerca; debían ser muchos trabajadores, porque se oía gran ruido; hubieran querido levantarse, acudir, pero las puertas estaban cerradas. El trabajo duró toda la noche y no pudieron casi dormir. Muy temprano estaban vestidos, y en cuanto el practicante abrió, se lanzaron á las ventanas de la galería... Frente al hospital, ocultando el camino, elevábase una nueva tribuna más alta que las otras; y á uno y otro lado se prolongaban tapias de madera para que el hospital quedara bien oculto. Entonces todos comprendieron y se miraron con espanto, con desesperación. Los pintores retocaban aún el trabajo nocturno; Remigio, haciéndose un portavoz con las manos, les gritó:

—¡Ehl... Oigan, sí... ¿Quién ha mandado levantar eso?

Los otros se volvieron con sorpresa, y uno de ellos, imitando el ademán de Remigio, contestó:

—No había tiempo de retocar la fachada del hospital, que buena falta le hace... Además, dicen los papeles que no estaba bien que el rey lo viera.

El practicante entró y quiso dar explicaciones, que no fueron oídas. "El albacea había protestado ante el Ayuntamiento; el Ayuntamiento era el culpable por no decirlo á tiempo; ellos lo sentían tanto como los que más,

pero después de todo podían dar gracias á que el Ayuntamiento consentía que estuviera el hospital tan cerca de la población". Había en estas disculpas mucho de torpeza y mucho de sarcasmo. Turbado por la rabia, Remigio fué al rincón y pisoteó las cadenetas, las guirnaldas, todo. Quico y Juan lo estimulaban con voces preñadas de odio:

—¡Más fuerte; más!

—¡Si siquiera fueran cabezas!

Durante todo el día no se hablaron nada; no era en palabras, sino en hechos, en lo que necesitaba resolverse aquella decepción. En el comedor advirtieron que los cuchillos habían desaparecido y que la carne venía ya cortada. El enfermero y el practicante les dijeron, como para advertirles, de que cualquier tentativa era inútil, que un nuevo cocinero había entrado y que, mientras se habituaba, el antiguo quedábase también. Por la tarde, Juan llamó aparte á Remigio, á Samuel, á don Manuel y á Quico; Antoñito quiso acercarse, pero Juan le repelió:

—No; tú vete con el niño.

—Yo también soy un hombre; no creáis que porque estoy así...—y al decirlo se golpeaba los muñones enérgicamente.

—Bien. Nadie cree nada... ¿Estás tú conforme con lo que nosotros decidamos?

—Sí.

—¿Con todo, con todo? ¿Sea lo que sea?

—Con todo.

—Bueno; distrae á Ramón y no digas nada á los viejos; vete.

El consejo empezó en seguida; escogieron un rincón opuesto á las habitaciones interiores para evitar ser espiados. Hablaban muy bajito; sólo de tiempo en tiempo una mano se alzaba sobre el grupo con enloquecida energía, y dominando el murmullo cauto, las voces de Quico y Remigio tenían rotundas brusquedades. El plan de Juan no sorprendió á ninguno; dijérase que las fronteras del carácter se borraban y que una sola locura, más contagiosa que la lepra, iba á completar en los espíritus la igualdad que ya la podredumbre había iniciado en la carne. Sólo se oían fragmentos de la conversación.

—Que sea mañana mismo; que les chafemos la alegría y que la cosa sea tan grande que se sepa en el mundo entero.

—Por mí, ahora mismo; yo soy capaz de romper una reja de un cabezazo y de tirarme abajo para concluir antes.

—No; hemos de ser todos de una vez.

—No es tan fácil, Juan... Yo tuve un día el revólver contra la sien... y aquí estoy. Pesa mucho un gatillo; no es tan fácil... No es que no quiera; quiero tanto como el que más; pero hay que tener un valor que...

—Usted no tendrá que hacer nada.

—Es una vergüenza que lo hagamos ahora y no cuando nos quitaron á sor Eduvigis.

—¿Qué dices tú á eso, Samuel?

—Yo sí; lo que queráis... ¡Para lo poco que nos falta para morir del todo!

—Bien, nada de palabras, yo me encargo; ya tengo mi plan.

—Yo sólo pido una cosa... que no haya sangre; no es por nada, es por la fealdad... Además, ¿tenemos nosotros derecho para disponer de las vidas de los viejos y de la de Ramón?

—Eso sí es verdad; no habíamos pensado en eso.

—Si nos andamos con derechos, no haremos nada. ¿Tiene el mundo derecho á hacer lo que hace con nosotros?... El niño no sabe, y si supiera, estaría á nuestro lado; si lo dejamos vivo, puede que nos maldiga alguna vez. En cuanto á los viejos, si se les dice algo, es echarlo todo por tierra; tienen un apego á la vida idiota, absurdo.

—No hay nada más que hablar.

—Al niño, bien; que se le deje fuera si tenéis escrúpulo; yo no lo tengo. Pero á los grandes... Si no es una cosa general, no hay venganza y no les mataremos la fiesta.

—Por nosotros...

—Yo tengo pensada muy bien la manera; veréis: esta noche...

—No, no nos la digas... Es mejor...

Caía ya la tarde, y la llegada del enfermero disolvió el grupo. En vano Antoñito, durante la cena, trató de escrutar con la suya las otras miradas; las cabezas se inclinaban sobre los platos; sólo un tintineo nervioso de cubiertos y copas rompía el silencio raramente. Cuando iban á entrar en el dormitorio, Juan los reunió de nuevo para decirles:

—Ya no puede ser hoy: no he podido quitarle al practicante lo que quería; pero será mañana sin falta.

Al observar el gesto mal reprimido de contento de los otros, felicitóse de su estratagemma. Sí, era mejor que no supieran nada, que se acostasen confiados. ¡Eran unos cobardes! Vió salir al enfermero y al practicante; todos se acostaron, y esperó, esperó muchas horas... Lentamente las respiraciones fueron haciéndose regulares; cuando tuvo la certeza de que todos dormían, se levantó. Iba desnudo y su cuerpo espantoso, erguido en la sombra, era horrible; iba con precauciones, á largos pasos felinos. Al llegar á la cama de Ramón, tendió los brazos por debajo del niño, para levantarlo sin que se despertara; mas el cuerpo se rebulló y entonces Juan quedóse en espera, irresoluto; otra vez lo volvió á intentar, pero el cuerpecito volvió á removerse... Entonces se encogió de hombros, desanduvo el camino, y ya en

su cama, tomó de debajo de la almohada una llave, con la que cerró por dentro la única puerta del dormitorio; luego volvió á coger la llave. Había tardado tanto en cerrar la puerta para que no chirriara, que una hora transcurrió. Todo estaba tranquilo; una ventana, al crujir, sugirióle la idea de examinarlas todas por si estaba alguna abierta. No; eran buenas, parecían hechas á propósito; ni una línea de luz se filtraba entre el triple cierre de maderas, cristales y persianas... Ya estaba todo dispuesto... ¿Tendría valor? Sí; sin desmayo, recapitulando en aquel instante supremo todas las angustias de su vida para desear mejor la muerte, abrió las cuatro lámparas de gas y volvió á acostarse.

Por la mañana el practicante y el enfermero tuvieron que derribar la puerta. Una masa de sombra y de gas les salió al paso. El horror los aturdió, imposibilitándolos para pedir socorro; entraron automáticamente, y sólo entonces se dieron cuenta de la catástrofe. Antes de que pudieran abrir ninguna ventana, tropezaron con dos cuerpos tendidos en tierra: dos que habían pretendido huir hacia la vida. Las camas estaban revueltas; los dos viejos pendían, sorprendidos por la muerte al querer levantarse; sobre la cabeza de uno pululaban ya gusanos. Había expresiones abominables,

miembros crispados, ojos casi fuera de las órbitas; sólo Antoñito tenía el semblante plácido. Cuando el aire se hubo llevado el gas y el hedor y pudo el sol entrar á ver la tragedia, el enfermero y el practicante fueron hasta la cama del niño, que parecía alentar aún, y en un momento de heroicidad instintiva, sin recordar su lepra, se pusieron á reanimarlo... Tal vez por tener el organismo más fuerte, tal vez por cruel designio del destino para que la estirpe de Job no concluyera allí, no había sucumbido como los otros. Se oían cornetas, un tropel de júbilo y gloriosas campanas distantes. ¡Si supieran! ¡Si supiera *El Verdugo*, que estaba en la tribuna con su novia, presenciando el desfile! De abajo llegaron las voces de los cocineros y la del portero barbudo:

—¡Vamos, vamos!... ¡Ya vienen!

Las luces de la vida se fueron encendiendo poco á poco en el rostro del niño; asido angustiosamente á los brazos del enfermero, hizo un esfuerzo y balbuceó:

—Yo no quiero morirme... ¡Yo quiero ver al rey... al rey!

FIN